

La paradoja de Buenos Aires



Siempre que recorro á lo largo el fantástico Paseo de Julio, se me representa vivamente la paradoja sin igual de Buenos Aires. Todas las grandes poblaciones tienen su paradoja, y si no fueran más ó menos paradojales no serían grandes ni intensas. Buenos Aires tiene también su paradoja, que consiste en la proximidad de los dos barrios más antagónicos. Es decir, que el barrio de los inmigrantes se halla á las mismas espaldas del barrio de los potentados y de las familias próceres.

De manera que los dos extremos se tocan, en virtud de un capricho de construcción. La cabeza y la cola se unen. Pero no, digo mal: aunque los dos barrios se toquen, entre uno y otro media un abismo. Viven unidos, pero por la espalda. Uno y otro siguen un curso de vida tan lejano, tan antítetico, que se diría dos mundos diferentes.

Abajo, en el Paseo de Julio, viven los desarrapados, los sucios, los miserables, los recién llegados, los aspirantes á la fortuna; arriba viven los ricos, los perfumados, los poderosos, los dueños de la fortuna. Dos cuadras de distancia, á veces una sola cuadra, es suficiente espacio para separar á los dos mundos. Hay un desnivel material entre esos dos mundos, además del desnivel moral. El Paseo de Julio está hundido al nivel del puerto; para subir á la ciudad se requiere salvar una rampa. Ese desnivel de seis ó ocho metros realiza el milagro de la separación.

¡Qué distantes y qué próximos al mismo tiempo! Distantes por el gusto, por el olor, por la inteligencia, por los ideales: parecen dos razas extrañas. Y sin embargo, ¿puede darse nada tan semejante? Los de arriba son hijos de

los de abajo. Un esfuerzo de voluntad en los de abajo, ó sea una vida tensa y sacrificada, produce el milagro de una de esas familias bien olientes, finas y excesivamente epicúreas.

En todas las ciudades, el barrio aristocrático se separa del de los pobres, huye de la canalla, se encastilla en un soberbio aislamiento; en Buenos Aires ocurre al contrario, puesto que los encumbrados se sitúan junto á los miserables. Esto, sin duda, es una prueba más del instinto democrático de Buenos Aires. Hay en esto también una humilde confesión y una piedad filial por los antepasados. Los de abajo son los fundadores de las estirpes, y los de arriba, reconociéndolo, ponen sus palacios á la vera de los tugurios progenitores, como esos nobles de las viejas prosoplas que levantan sus castillos feudales sobre el solar primogénito y originario.

¡Oh gran canalla de abajo, aspira á elevarte hasta la cumbre! Turcos, eslavos, italianos, austriacos, españoles, húngaros, malteses; turba de ambiciosos, racimo de harapos y de porquería, inmigrantes, que traéis como máximo ideal una bolsa llena de oro! Arriba, á escalar la cumbre donde están los palacios, donde hay alfombras y estufas y cortinas de encaje y bodegas de ricos vinos y despensas con suculentos manjares. Con vuestras botas altas y vuestros cuerpos sudorosos, pestilentes, entrad valerosos en el combate. Cuatro, ocho, diez y seis.. Esta es la filosofía del país: contar, sumar, añadir, enriquecerse. Es una filosofía como hecha pestilente, origen de futuras y oloresas estirpes!

JOSÉ M. SALAVERRÍA.